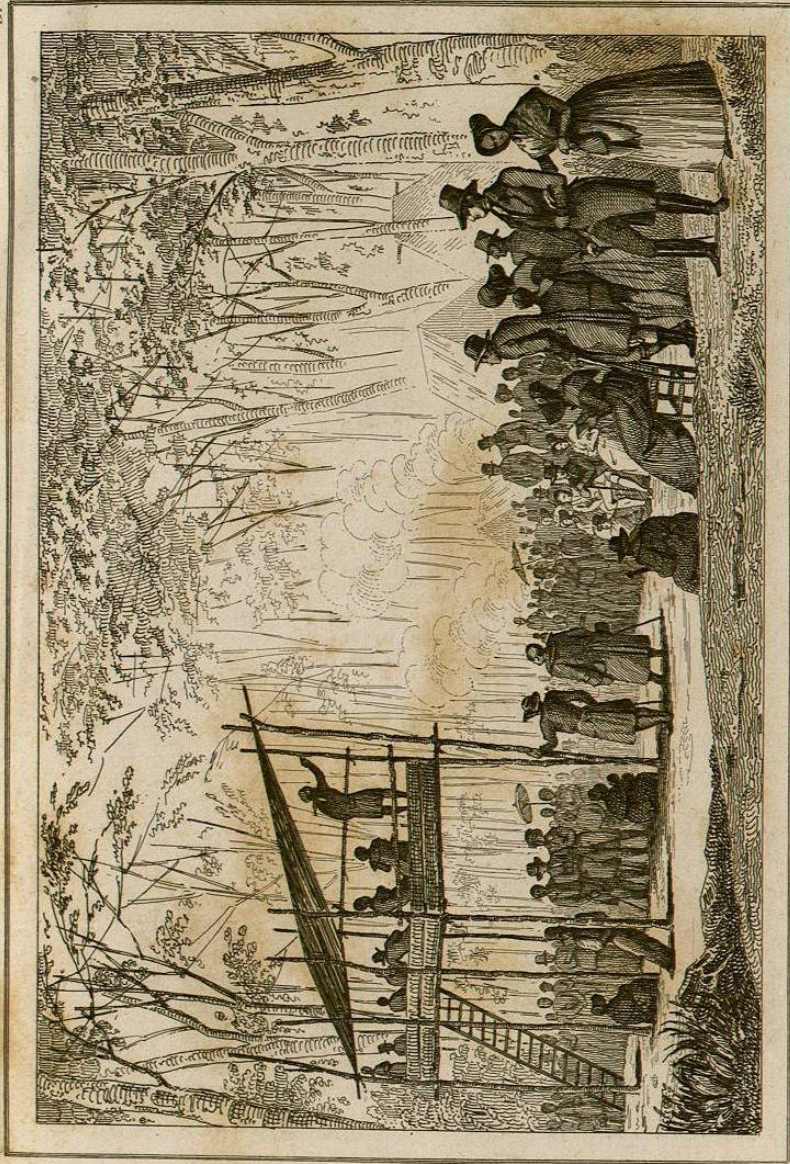




*Première Eglise Anabaptiste*

*à Providence.*

Primera Iglesia Anabatista, en Providencia.



Predicacion de los Anabatistas

*Predication des Anabaptistes*

*Miller del.*

ilustrada. Los pueblos tuvieron tambien sus palacios para las asambleas jenerales, y se construyeron para los gobernadores suntuosas residencias, en la persuasion de que todos los que rodeaban al poder debian participar de su grandeza. Estos edificios, costeados por el público, eran contruidos algunas veces en pueblos poco considerables, y parecian sobrepujar los recursos de sus habitantes; pero provincias enteras habian concurrido á este gasto; un gran monumento quedaba propiedad comun, y sea por dignidad nacional, sea por interés público, se tenia orgullo de un establecimiento que hermozeaba y honraba á la patria, y el cual venian á admirar los extranjeros.

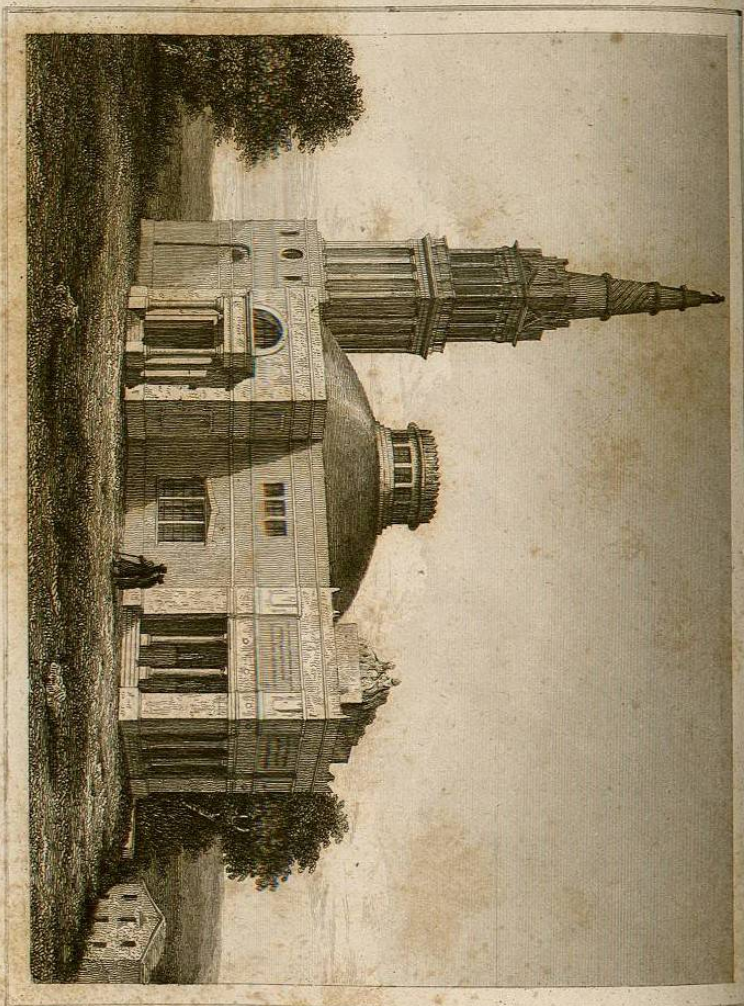
A medida que se hicieron mas suntuosos y grandiosos los edificios públicos, las habitaciones particulares eran tambien contruidas con mas esmero, y el gusto de las artes útiles, que va incesantemente perfeccionándose, se hizo notar mejoren las construcciones mas modernas; pero hubo entre ellas alguna uniformidad. El uso de ocupar una familia una casa entera hacia que la estension de cada habitacion fuese proporcionada á sus necesidades personales, é impedía esos desarrollos de edificios en que puede ejercerse el arte con mas libertad y grandeza. Este uso se habia adquirido de las costumbres de la madre patria, y la misma tendencia á la imitacion se notaba en los demás hábitos de las colonias inglesas.

Observemos desde el principio esta vida de familia que hace tan apreciables todos los afectos de que es el manantial, y tan querido el lugar doméstico. En ella se consagra la santidad del casamiento; las madres se dedican enteramente á la primera educacion de sus hijos: recojidas y embebidas en cuidados tan tiernos y dulces, creen cumplir con el primero de sus deberes hácia la sociedad, preparando las cualidades y virtudes de los que algun dia deben formar parte de ella. Estos niños, criados con su leche, mecidos por sus manos, y que crecen á la sombra de las

alas maternas, acojen desde la infancia esas primeras impresiones, que algun dia obedecerán de un modo involuntario. Luego viene la edad de la juventud á inspirarles otras ideas; los consejos de los padres han brotado tambien en su alma; los cuidados de la fortuna y del porvenir les ocupan, y aspiran á formar establecimientos mas estensos: muchas veces se abandonan solos y confiados á nuevos azares, y este principio de independencia, este sentimiento de valor llega á ser un precioso móvil de prosperidad para la colonia. Seguid en los países aun incultos á esos jóvenes animados de tan viva emulacion; con ellos se desmonta la tierra y se fertiliza; las aguas cautivas de los pantanos reciben una salida; esos rios son contenidos en sus lechos y se establecen comunicaciones entre habitaciones esparcidas, al rededor de las cuales vendrán á agruparse un dia poblaciones mas numerosas.

Esta juventud, cuyo constante valor no se halla debilitado por las largas y difíciles empresas, entra en mayor edad. Le toca el derecho de sentarse en las asambleas jenerales; los intereses públicos se hacen suyos propios, y el movimiento de las jeneraciones que se suceden la llama á su vez sobre la escena. No nos sorprendamos de que estos hombres examinen con calma y madurez los negocios de su país: los estudiaron con tiempo; las lecciones de la experiencia pudieron ilustrar la teoría. ¿No han ellos mismos engrandecido la colonia? ¿no han reconocido sus necesidades? y si recibieron de sus padres un jenio meditabundo, si existen rasgos nacionales que la fuerza del ejemplo trasmite de jeneracion en jeneracion; ¿esta tendencia hácia la reflexion y el cálculo no ha sido tambien favorecida por su situacion particular, cuando se les condujo á países nuevos donde tenian que hacer uso de todo su poder intelectual como de todas sus fuerzas, y donde su destino debia ser su propia obra?

Para ellos las numerosas familias llegaban á ser un manantial de bienestar, y este jénero de felicidad doméstica siempre se notó en las colo-



*Episcopal Church of Richmond*

Iglesia Episcopal de Richmond

nias inglesas. Efectivamente no podían concebir inquietud alguna por un rápido aumento de población; les estaban prometidas inmensas adquisiciones, y las tribus indígenas oponían á su ambición obstáculos impotentes.

Es útil observar en diferentes épocas el aumento del número de los habitantes, á fin de juzgar hasta qué punto influyeron las instituciones civiles sobre esta progresión, que se hizo mas sensible aun cuando el comercio y bienestar de las colonias pudieron desarrollarse con mas libertad.

Siglo y medio habia trascurrido desde los primeros ensayos de colonización que la Inglaterra habia hecho en el continente de América, y la población de estos diversos establecimientos llegaba á millon y medio de almas. No estaba repartida de modo igual en este vasto territorio: la de Massachusetts, de Connecticut, de Rhode Island, de Nuevo Hampshire y de Maine, era la mas numerosa; se estimaba en quinientos mil habitantes: se contaban cuatrocientos mil en Nueva York, el Nuevo Jersey, la Pensilvania y el Delaware; y se calculaba la población de Maryland, de Virginia, de las dos Carolinas y de la Georgia, en doscientos mil Europeos y un número mucho mayor de esclavos, que iba á aumentar cada dia con el tráfico de las costas de Africa.

La Europa habia al principio proporcionado á las colonias inglesas todos sus cultivadores. Los tres reinos británicos y los diferentes países del continente enviaban cada año nuevos enjambres de hombres atrevidos y laboriosos. Las disputas religiosas y las disensiones políticas no eran la única causa de estas numerosas emigraciones; debíanse principalmente á las desgracias de la guerra, á esta fuente de miserias públicas, que hacen inagotables las pasiones del pueblo ó de los gobiernos. Los habitantes de las ciudades y campiñas devastadas huían para volver á encontrar la paz, é iban á buscar al otro lado de los mares la felicidad que habian perdido. Cada país de Europa, azotado á su vez por guerras

cruelles, tenia hombres dispuestos á espatriarse: la Alemania era un campo de batalla, en que la sucesión al trono imperial era disputada entre el elector de Baviera y María Teresa; y los Franceses, los Ingleses, los Suecos, los Rusos y los Prusianos, unas veces auxiliares, y otras enemigos de alguno de los competidores, hacían mas larga y viva esta lucha. Desde la Silesia y la Bohemia hasta las cercanías del Rin y de los Alpes, vastas provincias habian sido sucesivamente invadidas, y nuestros padres han conservado por mucho tiempo el recuerdo de estas calamidades. La guerra no se limitaba á las batallas de las tropas armadas: el saqueo de las ciudades sucedía muchas veces á las desgracias del sitio; los pueblos abiertos é indefensos eran entregados á las llamas, y los habitantes fujitivos, que se habian escondido en los bosques, al regresar espantados á los campos paternos que habia devastado el enemigo, y que podía aun visitar, deseaban encontrar un asilo mas seguro.

En cualquiera parte de Europa en que estuviere el teatro de la guerra, un gran número de hombres volvían los ojos hácia el Nuevo Mundo; se hacían de él descripciones seductoras, y el sentimiento de sus males les inclinaba á variar de situación. Estos destierros voluntarios eran mas frecuentes en los pequeños estados, los cuales, no teniendo suficientes fuerzas para hacer respetar su territorio, estaban mas habitualmente expuestos á las invasiones, y tenían que sufrir todas las vicisitudes de la guerra antes de pasar finalmente bajo el cetro de otra potencia. También eran mas frecuentes las emigraciones de las fronteras que las del centro de los grandes estados, porque las operaciones militares eran allí mas sangrientas y opresivas. Estas plazas fuertes, estas líneas de baluartes, destinados á proteger el interior de un país vasto, atraían la tormenta sobre sí: la obstinación del ataque, el arte de prolongar la defensa, el orgullo del triunfo, la irritación de la derrota multiplicaban los riesgos de estas comarcas; y el deseo de librar

de ellos á un gran número de familias, escitaba á algunos hombres valientes y fieles, á cuyo alrededor se reunían otros, á ir á buscar en otra parte trabajo, y sembrar los campos cuya cosecha pudiesen recojer. Muchas veces en los caminos que conducen al Océano, se encontraban estas bandadas de artesanos y cultivadores peregrinantes, seguidos de sus mujeres y niños, y viajando á las órdenes del anciano patriarca que habian tomado por jefe. La mayor parte iban descalzos y llevaban los harapos de la miseria, se les daba el óbolo del pobre al pasar; se celebraba su valor; otros infelices envidiaban su suerte; y cuando llegaban al punto de embarque, cuando empeñaban sus servicios por algunos años, á fin de satisfacer el precio de su travesía, un sentimiento de enternecimiento, una especie de veneración para el emigrado rodeaban su marcha: se recomendaban estos colonos á la Providencia, que, felizmente para el hombre, sigue todos sus pasos y le da nuevas fuerzas en la adversidad.

Acaso no hay prueba alguna mas á propósito para desarrollar nuestra energía y acostumbrarnos á todos los peligros que la de una larga navegación. Las fatigas que le son inherentes, los sacudimientos de la tempestad, la inmensidad del abismo sobre el cual está uno suspendido; no hay nada que haga impresion tan terrible en el alma; esta se humilla y se levanta; y porque lucha con constancia contra el dolor, triunfa de él. Estos hombres que habian huido de las penas de Europa iban ahora á buscarlas bajo otro cielo: encontrarían en este otros idiomas, otras naciones, y con todo eso no serían recibidos como extranjeros; otras miserias parecidas habian sido acojidas: todo Europeo era considerado como un compatriota por los que le habian precedido. Los emigrados de un mismo país se habian además unido para espatriarse juntos: habian partido bajo el influjo de un mismo infortunio, y aspiraban á fundar un comun establecimiento. Aldeas alemanas, suizas, holandesas ó de otros países,

iban á ser trasportadas al Nuevo Mundo; y no obstante, elementos tan diversos constituirían luego una sola y única nacion; se borrarían las diferencias locales á medida que se verían sucederse unas jeneraciones á otras; y la comunidad de intereses y necesidades imprimiría por fin á todos los habitantes ese carácter nacional en virtud del cual un pueblo se diferencia de todos los demás.

Sin embargo, esta especie de trasformación social solo podia ser obra del tiempo. Los emigrados que pasaban á América permanecían fieles á sus primeras impresiones; pero sus hijos que nacían, que crecían en otro clima, pronto unían á las tradiciones que habian recibido de sus padres, los sentimientos que les inspiraban una naturaleza y una situación nueva. La lengua materna no era la de la patria adoptiva; tenían que aprender una y otra. La jeneración naciente servía así de intérprete á los ancianos que habian permanecido fieles á su antiguo idioma y á sus demás costumbres; conservando el lenguaje usado entre la familia, estudiaba tambien el de las leyes y de los negocios, el que debia servir de vínculo comun á las diferentes partes de esta asociación.

Estas transiciones de un lenguaje á otro se hacen mas fáciles cuando las favorecen el gobierno y la dirección que procura dar al espíritu público. Cread un pueblo que tenga intereses comunes, que esté llamado á ocuparse de ellos, y discutirlos y á defenderlos en los consejos, pronto animará á los ciudadanos una emulación jeneral; espermentarán la necesidad de espresarse de una manera conforme, y la fusión de intereses acarreará la del lenguaje.

La primera garantía que se debia dar á todos estos nuevos habitantes era la de su seguridad: era preciso convencerlos de la protección del gobierno y ponerlos tambien por sus propias fuerzas en estado de resistir á los ataques de los Indios; el medio mas seguro de lograr esto era acercarlos mas y mas sus habitaciones.

Aunque las tierras que se debían desmontar fuesen muy estensas, y

aunque los colonos pudiesen gozar de una gran libertad en la eleccion de los sitios en que deseaban establecerse, con todo se hacia de manera que solo penetrasen de una manera progresiva en el interior de estas vastas comarcas, para que los distritos cultivados estuviesen contiguos y en situacion de socorrerse mutuamente. Estas comarcas se dividian en *townships*, especie de distritos, cada uno de los cuales contaba veinte mil fanegas de tierra: estos se subdividian en porciones de cincuenta fanegas cada una, y la mayor parte de las familias limitaban á esta última cuota sus adquisiciones y su cultivo. Cuando se habia distribuido un *township*, se media otro mas allá, para colocar allí otros habitantes. Primeramente se hacian estas concesiones de terreno á lo largo de los rios; se hallaban cercanas á una línea de comunicacion que facilitaba las relaciones de un territorio á otro. Pero despues que estuvieron establecidas todas estas poblaciones ribereñas, formáronse sucesivamente distritos mas lejanos; los intervalos que separaban á estos diversos territorios se llenaron, y colonias mas numerosas y compactas se unieron á las que primeramente solo habian seguido estas líneas aisladas; los caminos por tierra se juntaron entónces á los que habia abierto la navegacion de los rios, y la poblacion de las costas marítimas se estendió progresivamente hácia el interior. Este litoral, vuelto hácia la Europa, permanecia abierto á sus emigraciones; los puertos, las multiplicadas ensenadas que cortan la ribera hacian mas fáciles los desembarcos; del norte al sur de él se encontraban todos los climas, todas las producciones que dependen de ellas, y cada Europeo podia escojer el sitio mas análogo á su pais nativo.

Se habian visto formarse en América, y sobre todo en las Antillas, otras colonias cuyos habitantes conservaban el deseo de volver un dia á la metrópoli; miraban su viaje y su establecimiento temporal como un medio de enriquecerse; y si sus especulaciones habian sido favorables,

marchaban, despues de algunos años de residencia, para venir á descansar en Europa. Así recibian estas colonias, una despues de otra, diferentes sucesiones de habitantes, sin que el espíritu de familia y de herencia territorial se desarrollase entre ellos; creaban su territorio; lo vendian luego á otros especuladores; venian á emplear el valor en su patria; y este sistema de trabajo solo proporcionaba á las colonias una especie de poblacion flotante cuyos progresos eran lentos, inciertos y muchas veces interrumpidos.

Las circunstancias no eran las mismas para estos numerosos emigrados que pasaban de diferentes puntos de Europa á las colonias inglesas. No habian conservado ni tierras ni casas en los lugares de su oríjen; y si no habian renunciado á estos patrióticos recuerdos, que solo cesan con la vida, á lo menos no esperaban volver á ver la tierra nativa; su familia se hallaba trasportada al Nuevo Mundo; habian pasado para siempre la barrera del Océano, y todo su porvenir, todas sus miras se dedicaban á su nueva patria. Así se enriquecía la América con las pérdidas del viejo continente, y las conmociones de la Europa eran demasiado frecuentes para no aumentar el número de estos desterrados.

Si la guerra, que causa tanta pobreza, multiplicaba el número de los emigrados, la paz tiene tambien sus poblaciones indijentes, que la desigualdad de fuerzas, de capacidad y de industria ha colocado por todas partes al lado de las clases mas laboriosas ó mejor tratadas por la fortuna. Muchas veces la ociosidad es causa de su desgracia; algunas veces es preciso imputarla á accidentes involuntarios. Se debe suavizar su situacion, cualquiera que sea la causa de ella; y cuando esta miseria se halla inveterada en las familias, cuando los padres han transmitido á sus hijos su triste herencia, la sociedad, á la cual amenazarían sus necesidades y su desesperacion, está interesada en venir á su socorro y prevenir sus hostilidades. La Inglaterra abrió muchas veces sus colonias á los pobres

les creó una propiedad, y los proletarios que deseaban trabajar vieron repentinamente variar y mejorar su situacion.

Hasta en la clase de los hombres condenados á diferentes penas afflictivas se encontraron numerosos reclutas para las colonias inglesas. Una parte de estos delinquentes no habian perdido todo sentimiento de honor, de moralidad y de deber; desterrarlos de los lugares donde habian faltado y donde la opinion pública estaba sublevada contra ellos, era sustraerlos al envilecimiento, á la desgracia de tener que avergonzarse delante de los testigos de su falta, y quizás quitarles la tentacion de volver á caer en ella. Si la degradacion en que se hallan sumerjidos tiende á hacer desaparecer un resto de virtud, el hombre que aquella cesa de deshonor puede volver á ser justo; esta conversion es uno de los resultados del destierro; de ella presentaron admirables ejemplos las colonias inglesas; y pronto ya solo se vieron hombres pacíficos en aquellos que tuvieron interés en respetar la propiedad individual y el orden público. Su marcha habia librado á la madre patria de un peso: otros países de Europa experimentaron las mismas ventajas; y no temieron hacer pasar á esas lejanas posesiones un cierto número de hombres perseguidos en su pais nativo por delitos de naturaleza diversa y particularmente por delitos políticos: ya no se temia su turbulencia; perdian al mudar de lugares, toda la influencia, todos los medios de accion con que se habia alarmado su gobierno.

Los hombres cuya pena se habia conmutado enviándolos á las colonias, aquellos cuya conducta é inclinaciones era preciso guiar y corregir, se hallaban desde luego sometidos á una vijilancia y disciplina severa; se les empleaba temporalmente en diferentes trabajos de utilidad pública, hasta que estuviere cumplida su espacion legal. Se satisfacian sus trabajos con un ligero peculio que se les pagaba despues de estos momentos de prueba, y luego comen-

zaban á hacer para ellos mismos algunos desmontes.

El cultivo se aumentó de tal modo en las colonias inglesas, que no bastaban luego los trabajadores europeos. Estos hombres no perdonaban fatiga alguna; no temian el trabajo mientras pudiesen contar con la recompensa, y un réjimen apropiado á su situacion podia acostumbrarlos á los diferentes climas. Pero á medida que se acercaron al mediodía y experimentaron los resultados de un calor mas molesto, á ejemplo de las colonias de las Antillas, tuvieron que recurrir á otros brazos, é hicieron venir esclavos africanos. La insalubridad de los arrozales hizo adoptar los mismos medios para su trabajo; y como acarrea un gran consumo de hombres, dieron al comercio de los negros tal actividad, que su poblacion en las provincias meridionales fué pronto mas numerosa que la de los Europeos. Primeramente este tráfico solo se habia dirigido hácia las colonias españolas y portuguesas; pero en 1620, un buque de guerra holandés desembarcó veinte negros en James-Town, para venderlos allí. Fueron los primeros Africanos trasportados á Virginia, y este contagioso ejemplo tuvo numerosos imitadores. Cada potencia colonial se ocupó de los medios de estender el comercio: en 1713 obtuvo la Inglaterra por el tratado del *Assiento*, el privilegio de la importacion de negros, no solo en sus colonias, sino tambien en las de la América española; y esta transaccion, primeramente concluida por treinta años, fué luego prolongada mas allá de este plazo, porque una guerra de algunos años habia interrumpido su ejecucion.

El resultado de un monopolio abandonado á la Inglaterra no tardó en hacerse sentir en sus colonias: en estas se aumentó rápidamente la poblacion de los hombres de color; y si con ellos se encontraron nuevos socorros para el cultivo, tambien se estaba mas espuesto á sediciones. En 1734 estalló una revuelta en un distrito de la Carolina; empezó en Stono; y habiendo los negros muerto á

algunos hombres, robaron las armas de un almacén, marcharon hacia el sud, bajo las órdenes de un jefe que eligieron de entre ellos y devastaron los lugarejos y las plantaciones. La noticia de su sublevación llegó á la iglesia presbiteriana de Wiltown, donde se hallaba entonces reunido un gran número de colonos; tomaron repentinamente las armas que, según una ley de la provincia, se encontraban depositadas en este edificio, y marcharon al encuentro de los revoltosos, mientras que las mujeres, que habían quedado solas bajo la protección del santuario, aguardaban rezando el éxito de este suceso. Los negros, después de haber saqueado habitaciones y de haberse emborrachado con licores fuertes, gozaban entonces de su sangriento triunfo en medio de bailes y de cantos: la milicia los derrotó fácilmente. Unos fueron muertos, otros huyeron á los bosques y fueron perseguidos allí por una compañía de cazadores, que cogió un gran número de ellos y los entregó á los tribunales.

Aunque el comercio de los negros hubiese estado unido en su origen al proyecto de no someter á la esclavitud los antiguos pueblos de América, con todo hemos notado que estos no siempre se libraron de ella, y que los prisioneros que les hicieron los Europeos fueron algunas veces trasladados como esclavos á las Antillas; allí sufrieron la misma suerte que los *Caribes*, y pronto se sepultó su generación. Hasta se les trataba con más rigor que á los Africanos; los hombres, separados de sus consortes, eran conducidos solos al lugar de su esclavitud; les eran arrebatados los vínculos más dulces de la naturaleza; y al sucumbir á su miseria, solo tenían el consuelo de no dejar el peso de ella á sus hijos. Se libraban muchos Americanos por una muerte involuntaria, y no concebían que pudiesen permanecer esclavos, cuando tenían la facultad de morir. Y con todo estos Indios que preferían la independencia á la vida, retenían muchas veces como esclavos á los negros de que se habían apoderado; se creían de una clase superior y se ma-

nifestaban más altaneros y más severos con ellos que los mismos Europeos: su propia insensibilidad con la mayor parte de los males y de las privaciones, les hacían crueles para con los hombres condenados á servirles; les imponían todas las miserias de la vida salvaje. Constantemente se notaron este orgullo y esta desdeñosa aversión de los Indios hacia los negros: muchas veces esta desavenencia fué un motivo de seguridad para los colonos europeos y les permitió contener más fácilmente cada una de las dos clases cuya enemistad tenían que temer. Si se formaba alguna tentativa parcial, fuese entre plantaciones, fuese en las cercanías de los Indios, podía ser fácilmente reprimida; y las más graves conmociones que entonces experimentaban las colonias solo eran resultados del estado de guerra en que se hallaban algunas veces empeñadas sus metrópolis.

El corte del palo campeche ocasionó frecuentes disputas en Inglaterra y España. Este trabajo, practicado generalmente por hombres que venían de las colonias inglesas, se había desde luego hecho al norte de la península de Yucatan: habiéndose opuesto á ello la España con mano armada, y habiendo erigido fuertes en la costa para alejar de ella á los Ingleses, estos trasladaron sus establecimientos al mediodía de la misma península; allí construyeron un fuerte y fundaron en la bahía de Honduras una colonia que tuvo por capital la Balisa y que pronto subió á mil quinientos habitantes.

Algunos años después de la paz de Utrecht, se renovaron querellas entre los dos gobiernos, sobre el ejercicio y los límites de este privilegio, del cual procuraban los Ingleses valerse para estenderse á lo lejos en los bosques del interior, donde esta calidad de madera se junta con todas las demás esencias. Dedicaban un gran interés á este trabajo que ocupaba numerosos brazos y que ofrecía un importante ramo de comercio. Efectivamente el palo campeche era muy buscado para la tintura en todos los países en que se es-

tablecían fábricas; aumentaba su consumo de día en día; y el deseo de proveerse de él ocasionaba continuas y nuevas usurpaciones sobre el territorio de esta parte de Méjico.

Este árbol se encuentra y se multiplica en tierras bajas y pantanosas; allí son insalubres el aire y las aguas; pero la esperanza del lucro superaba el temor de las enfermedades; y hombres acostumbrados á casualidades arriesgadas contaban fácilmente con los favores de la fortuna.

Se corta el palo campeche en los tiempos de sequedad; se le chapoda, se le cuadra, se le deja echado sobre la tierra hasta el tiempo en que debe ser embarcado; allí queda sumergido cuando sobreviene la inundación de las tierras; pero se ponen señales para reconocer los sitios en que se halla depositado; y aunque su gravedad específica no le hace flotar, los buzos le sacan sin mucho trabajo, porque el menor apoyo le hace llegar á flor de agua. Muchas lanchas que recorren estos terrenos, convertidos en vastos estanques, le reciben y trasportan á bordo de los buques que esperan este cargamento.

La Inglaterra ha procurado aclimatar esta especie de árbol en muchas colonias; lo plantaron en algunos terrenos húmedos del archipiélago de Bahamá y creyeron que podría también tener buen éxito en los pantanos del litoral de la Georjia y de la Carolina; pero este vegetal parece ser del número de aquellos que permanecen acantonados en un estrecho espacio, y en vano procuran encontrarles más allá de estos límites un clima, un suelo y un aire que les convengan. Tentativas infructuosas hicieron conocer que era preciso continuar la extracción del palo campeche de su país originario. Por otra parte allí hallaba la Inglaterra la ventaja de tener un puesto militar en el fondo del golfo de Méjico y de abrirse un camino más fácil para el mismo centro de las colonias españolas. Esta situación podía favorecer sus operaciones durante la guerra, y le permitía estender, durante la paz, las

relaciones de su comercio, que no obstante las restricciones de las leyes y de las autoridades locales, se introducía clandestinamente en estos países.

El comercio de la Inglaterra con las colonias españolas era también dirigido á Porto Bello; pero al principio se hacía con más regularidad. La compañía inglesa que se había encargado de llevar cada año á las colonias españolas cuatro mil ochocientos negros, había obtenido, en 1716, la autorización de enviar al mismo tiempo á Porto-Bello un buque de ochocientas toneladas. Esta embarcación conducía allí mercaderías inglesas; pero muy luego fueron excedidos los límites de este privilegio; la permanencia del buque se prolongaba; era aprovisionado por otros buques que llegaban de la Jamáica: con este pretexto se le convertía en depósito inagotable, renovaban el cargamento muchas veces, con ayuda de los suministros clandestinos que hacían otras naves; y este comercio tomó una estension que no ha tenido intención de autorizar el gobierno español. Los medios empleados por los guarda-costas para reprimirlo fueron acompañados de actos violentos que ocasionaron un rompimiento entre las dos coronas: la Inglaterra declaró la guerra á la España el 23 de octubre de 1739, y las hostilidades estallaron luego entre sus colonias americanas.

Habiase formado el proyecto de invadir la Florida, y su ejecución fué encargada al general Oglethorpe, gobernador de la Georjia. Luego tuvo á sus órdenes un cuerpo de tropa y voluntarios, al cual se juntó una fuerza considerable de Indios; sus tropas ascendían á dos mil hombres. Entró en la Florida el 9 de mayo de 1740, se apoderó del fuerte Diego, situado en la frontera, y en seguida se dirigió sobre San Agustín. Esta plaza, la única construida por los Españoles en la Florida oriental, la única puesta en estado de defensa; los muros de su castillo estaban flanqueados por cuatro baluartes, armados con mucha artillería; la guar-